COMEDIA FAMOSA.

OTELO,

Ó EL

MORO DE VENECIA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCÊS

POR

L. A. C. A. L. L. E.

Hablan en ella las personas siguientes

OTÉLO, General de las tropas Venecianas.
MOCENIGO, Dux de Venecia.
LOREDANO, su hijo.
ODALBERTO, Senador Veneciano.
EDELMIRA, su hija.
HERMANCIA, aya de Edelmira.
PÉSARO, falso amigo de Otélo.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Venecia. El primer acto pasa en la Sala del Senado. Los tres siguientes en el palacio de Otélo. El último en el cuarto de Edelmira.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la sala del Senado de Venecia: los senadores en sus asientos: y á los lados en pie varios Ministros subalternos.

Mocen. Ilustres y gloriosos Senadores,
cese vuestro temor y sobresalto.
Al rumor del peligro que nos cerca
ya Venecia las armas ha tomado.
Ya Otélo valeroso ha reprimido
la insolente osadia y el descaro
con que injustos intentan oprimirnos
de la revolucion los partidarios.
El fuego que en sus pérfidas entrañas
por largo tiempo se ha reconcentrado,
de repente en Verona manifiesto
pretendió sorprehendernos con estrago,
mas solo su furor ha producido

un susto pasagero y momentáneo.
El cielo se declara por nosotros,
y nos defiende su potente brazo.
Luego á vuestros oidos la victoria...

ESCENA II.

Dichos, Pésaro entra precipitado. Mocenigo sigue hablando.

Mas Pésaro se acerca acelerado.
Insigne amigo del valiente Otélo, *á él.*
vén... tú solo eres digno de contarnos
las brillantes hazañas y victorias
con que Otélo á Venecia ha libertado.
Pés. Qué no hayan sido vuestros mismos ojos
fieles testigos de su ardor bizarro!
Al entrar los rebeldes, él se opuso
á su furia mas rápido que un rayo;
él solo los contiene, y animoso
á los de su faccion dice gritando:
»ausilio, amigos, socorred la patria.»
Al instante el soldado, el ciudadano,
todos, todos acuden, y parece
que un solo cuerpo juntos van formando.
Al notar de su rostro las señales,
al ver su celo heroyco, al acordarnos
de su amor á la patria y sus virtudes,
todos seguimos sus veloces pasos,
de acompañarle siempre deseosos,
y de participar su inmortal lauro.
De los rebeldes el infame gefe,
conociendo su pérdida, fué cauto,
se apoderó de un puesto ventajoso,
y evitó nuestro acero denodado,
pero tardará poco en abatirse
su furor, y orgullo temerario...
llegarán luego á suplicar humildes
el perdon... Desde aquí voy á observarlos;
si esto no se consigue... aun tengo sangre
que verter en defensa del Estado. *vase.*

ESCENA III.

Dichos, menos Pésaro.

Mocen. Ya veis, ó Senadores, los disturbios
que el partido rebelde ha suscitado:
cuando la patria corre grandes riesgos,
los grandes hombres son muy necesarios;
por ella esponen sus preciosas vidas,
nos toca protegerlos y animarlos.

ESCENA IV.

Dichos, Odalberto entra presuroso y agitado. Mocenigo sigue.

Mas... que es esto Odalberto? qué os agita?
Ya Venecia el terror ha disipado.
Odal. No señor... No es Venecia, no es la patria
la que motiva mi dolor amargo;
es mi propia desdicha quien me agovia...
mi hija...
Mocen. Hablad.
Odal. O tormento inesperado!
mi hija...
Mocen. Qué sucedió?.. llorais su muerte?
la habeis perdido? qué funesto acaso?...
Odal. No... no murió... su muerte no me arranca
las lágrimas copiosas que derramo...
no...Yo pido justicia... un fiero monstruo,
un vil, un corruptor, un temerario
su corazon incauto ha seducido;
injusto la arrebata de mis manos...
Qué horror!.. Ya los ha unido el himeneo
con un secreto y detestable lazo;
contra mi voluntad, siguen la suya,
el paternal decoro despreciando.
Mocen. Tiemblo al oir tan insolente infamia:
este severo, recto, y fiel Senado,
procurará zeloso y diligente
indagar el delito y refrenarlo;
el rigor de las leyes sacrosantas
os vengará de un pérfido inhumano...
Nombrad al seductor...

ESCENA V.

Dichos y Otélo, este entra precipitado, todos hacen un movimiento de sorpresa.

Odal. Miradlo.
Mocen. Otélo!...
O Dios!...
Odal. Él es... él es... tiembla, malvado,
teme mi indignacion y mi venganza.
Antes que prosigais á castigarlo...
ántes que descargueis el justo golpe
que las leyes preparan á un ingrato,
á un estranjero vil, pérfido amigo,
que ha sembrado el horror, la muerte, el llanto

en mi noble familia... Yo os suplico,
generoso Mocenigo, y aguardo
deis orden de que al punto á mi presencia
conduzcan á Edelmira.

Mocen. Ejecutadlo. *A los guardias.*
Edelmira al momento hácia este sitio,
obediente y puntual guie sus pasos,
que su padre Odalberto se lo manda.

Odal. Dux!... sois padre... teneis un hijo amado,
jóven, virtuoso, dócil, y sumiso,
que de nuestra ciudad vive lejano,
y que ignora las artes maliciosas,
la ingratitud, la seduccion y engaño.
En nombre de tal hijo, única prenda
de vuestro amor... en nombre de mis años,
en nombre de mis canas respetables...
castigad, castigad á ese culpado,
á ese vil seductor, á ese perverso.
á Otélo.
Respóndeme traidor... responde... cuando?
con qué ardides, qué medios tan odiosos,
de Edelmira el amor has grangeado?
quién!... quién ha de creer, que una inocente
jóven, que veneraba mis mandatos,
que temblaba al oir mi voz paterna,
y hubieran aspirado á sus encantos
mil rivales, zelosos uno de otro,
de un monstruo como tú se haya prendado?

Otél. No... señor... no me atrevo á responderos,
conozco la razon, la siento y callo;
teneis derecho para confundirme...
Pero ya que me habiais perdonado,
mi nacimiento, y mi patria, al concederme
vuestra dulce amistad... señor... dignaos
de mirar mi pesar, y no la pena
que en este dia sin querer os causo.
El cielo puso dentro de mi pecho
un corazon sensible al dulce alhago
del amor... este solo es mi delito...
Si á mi eleccion, señor, hubiera estado,
en Venecia naciera... no en la Libia;
y no penseis que el hado tan contrario
puso mi cuna entre sangrientas fieras:
es un baldon el nombre de Africano?...
El color de mi rostro me ha impedido
el probar el esfuerzo de mi brazo?...
Llámanme el Moro; y para mí este nombre
léjos de vituperio es un aplauso:
puede que pase á los remotos siglos,
y la posteridad sabrá apreciarlo:
solo cifré mi nombre en los trofeos;
pero el amor cruel ya me ha enseñado
á desdeñar la gloria de las armas:
y mi triunfo mayor, mi mayor lauro
será, si, conocida mi inocencia,
esa terrible cólera desarmo:
á costa de mi sangre ver quisiera
vuestro furor tranquilo y aplacado.
Si carezco de nobles accidentes...
si olvidé los deberes sacrosantos
de un amigo... contad las cicatrices,
que hicieron en mi cuerpo horrible estrago.
Considerad, que salgo de un combate,
considerad, que vos me habeis amado...
y en fin... tened presente, que este Moro
su sangre prodigó por libertaros.

Odal. Tu valor qué me importa?... bien se puede
con un corazon pérfido y malvado
ser intrépido y fuerte en las batallas...
Ya hace tiempo que estabas preparando
el sangriento puñal con que mi pecho
injusto y fementido has traspasado.
Senadores... mi nombre se profana,
procurad se conserve puro, intacto
nuestro decoro, y el de nuestras hijas.
Si las teneis... si las amais... acaso
la afrenta, que me cubre en este dia,
llegará con el tiempo á degradaros;
procurad evitar con su castigo
el deshonor que puede resultarnos;
mi hija... ó dolor!... él fué mi amigo!
en él habia yo depositado
toda mi confianza... y tú, perverso,
la seduces, y así me das el pago!

Mocen. Otélo... responded... Apénas puedo
pensar que tan enorme desacato,
despreciando las leyes mas sagradas,
vuestra noble conducta haya manchado:
por qué medios, decid, ese cariño?...

Otél. Sí señor... estoy pronto á declararlos.
Odalberto, tranquilo y satisfecho,
consigo me tenia en su palacio,
y con frecuentes súplicas me instaba
refiriese mi vida y mis trabajos;
yo, por condescender á sus deseos,

la historia de mi vida le he contado
desde mi cuna hasta el presente tiempo:
mis guerras, mis fatigas y quebrantos,
mi navio en los mares mas remotos
contra las duras rocas estrellado...
la muerte casi siempre en mi presencia;
mientras hablaba yo, quieta y temblando
Edelmira escuchaba mis palabras,
y cuando su deber, ó sus cuidados
la apartaban de mí por un instante...
solícita volvia, y anhelando
á oir la esposicion de mis desgracias,
que le escitaban compasivo llanto.
Un dia... el mas fatal para mi suerte...
á su tierna piedad ofrecí el cuadro
de las adversidades é infortunios,
con que me persiguió el destino infausto.
»Y qué? (decia) Otélo, tú te hallaste
» entre cadenas? .. tú te viste esclavo?
» tú lleno de prisiones?... Ah!.. si el cielo
» me hubiese conducido á ver tus brazos,
» con injusto rigor el grave peso
»de las viles cadenas arrastrando...
»aunque débil muger...sí... ciertamente...
» Con qué placer hubiera yo trocado
» por tu suerte infeliz la suerte mia,
» ó por tí hubiera muerto sin reparo!...
» O Dios!... Si algun intrépido guerrero
» pretende hacerse dueño de mi mano...
» dile, que me refiera sus hazañas
» con un estilo tan sencillo y grato.
» No hay que dudar... mi corazon es suyo.»
De su amable candor quedé admirado;
el color vivo de su rostro hermoso
desapareció luego; el tierno llanto,
que de sus ojos prorumpir queria,
procuraba solícita ocultarlo.
Mis lágrimas se juntan con las suyas...
Con tales muestras comprehendimos ambos
de nuestros corazones el secreto.
La compasion su amor me ha conciliado;
y el ver su compasion encendió el mio.
Estas las artes son y los engaños
con que á los dos, señor, ha seducido
el inocente amor que respiramos.

ESCENA VI.

Dichos, Edelmira, Hermancia.

Edel. Detente... dónde estoy?...
á Hermancia.
Odal. Entra... qué aguardas?
á su hija.
sigue á tu guia... qué, temes acaso
mostrar tu rostro hermoso y apacible?
de la virtud impropio es el espanto.
Edel. Mis ojos se obscurecen... y mi cuerpo
con el susto fatal se halla postrado.
Odal. Y vos, que de su cándida inocencia
fuisteis la salvaguardia en mi palacio,
y que los tiernos años de su infancia
en la virtud habeis criado,
de vuestro celo veo ya los frutos,
y por ellos mil gracias debo daros;
Edelmira sin duda no ha sufrido
bajo vuestro poder un duro trato.
Edel. Dame tu apoyo, mi querida Hermancia...
Odal. La cólera impetuosa contengamos.
Es aqueste tu esposo?... dí... responde.
Edel. Qué respuesta he de dar!... O padre amado!
conozco que el magnánimo guerrero,
que confundiendo estais, y despreciando,
jamás habrá debido prometerse
ser el dueño absoluto de mi mano.
Mas Venecia publica sus victorias,
y vos mismo tambien con entusiasmo
de sus triunfos heroycos y gloriosos
muchas veces, señor, me habeis hablado:
ellos mi corazon enternecieron;
no lo niego, señor; el dulce encanto,
que al oir de su boca tales hechos
mi corazon probaba, le ha excitado
á estimar un guerrero, que mi patria
honra con justo y merecido aplauso.
¿Y cómo siendo igual su bizarria
á la que en todo tiempo demostráron
nuestros abuelos, no es á vuestros ojos
mas que un feroz y bárbaro Africano?
El Senado le estima, el pueblo le ama;
Venecia de su ruina se ha librado
por él solo: y aun puede socorrerla,
si otra vez necesita de su amparo.

Aplacad vuestro enojo, padre mio...
Permitid...
Odal Quítate.
Yo te lo mando:
levántate del suelo.
Mocen. Ya postrada
implora vuestra gracia... sí... apiadaos...
ved su dolor...
Odal. Yo pienso en mi venganza.
Mocen. Mas cuál es vuestro intento?... declaradlo.
Odal. Prendedle.
Señalando á Otélo con rapidez.
Mocen. A un vencedor...
Odal. En su delito,
no en su gloria ni en su valor reparo.
Mocen. Pero su gloria exige que á lo ménos
juzgue su causa nuestro fiel Senado.
Odal. Mas la gloria y triunfos nunca deben
servir de asilo á pérfidos malvados.
Mocen. Moderad esa cólera imprudente,
severidad.
Odalberto, mirad que estais hablando
con el Senado Augusto de Venecia.
Por ventura este cuerpo soberano
deberá, procediendo á su castigo,
humilde obedecer vuestro mandato?
Odal. Su interés solo arregla su justicia.
furioso.
Mocen. Que escucho?
Odal. Defended á un hombre osado...
vuestros semblantes su perdon indican,
os veo reunidos en mi daño,
dispuestos en favor de una alma baja:
nunca premiaron los republicanos
de otro modo á quien sirve á sus caprichos;
mas luego... mi venganza...
Mocen. Reportaos
Odalberto... mirad que vuestra lengua
con insulto á la patria ha maltratado;
creedme... ese despecho y ese orgullo...
Venecia no acostumbra á tolerarlo.
Odal. Aun es tiempo... tú puedes aplacarme...
escoge entre los dos...
Edel. O padre amado!...
Odal. Basta: veo adornada su cabeza
al irse.
de una diadema puesta por las manos
de su conquistador... espero sea...
Mocen. Odalberto, que dices?
Odal. Mis cuidados
nada te importan, que mi justa causa
yo la defenderé, y el cielo santo
me ayudará tambien... Tú, hombre perverso!...
tú me has vendido!... sí... tú me has burlado.
Justo cielo! permite que en castigo
padezca como yo funesto engaño.
Cubre á sus ojos la traicion horrible
con el alegre y alagüeño manto
de la augusta verdad, nunca consiga
que llegue la verdad á iluminarlo.
Si alguna vez se pone ante sus ojos,
cúbrela con el velo del engaño.
Confúndele con su apariencia vana;
que su pecho dudoso y agitado,
sin hallarla jamás, se desespere,
y sufra los suplicios mas tiranos:
un falso resplandor le precipite
en el profundo abismo... que buscando
la virtud, solo encuentre los delitos;
y que por fin le llegue el desengaño
cuando salir no pueda del abismo
en que su error le habrá precipitado.
Tú, que fuiste mi sangre... infeliz hija!..
hija desconocida!... El cielo santo
me instruye de la suerte que prepara
á tu bárbaro crímen... á tu falso
y doble corazon... sus manos propias
la desgracia en tu frente han colocado:
creeme... sé vigilante... si tu esposa
á Otélo.
ha engañado á su padre, no estraño
que con el tiempo engañe á su marido:
tenlo presente... á Dios.

ESCENA VII.

Dichos, menos Odalberto.

Edel. Ah!... yo engañarlo!...
yo engañar á mi esposo!.. santos cielos!...
Mocen. No os altereis... furioso ha pronunciado
palabras tan horribles y espantosas,
su cólera furiosa desahogando;
es violento, tambien es compasivo:
lo será con vosotros, esperadlo,

que al fin la sangre templará su enojo.
Sí, Otélo... tu pesar... tus nobles lauros
hablan en tu favor, y te prometen
que serás de Odalberto perdonado:
entretanto procura que Edelmira
deseche su temor, cobre el descanso
que alejó de su pecho este suceso;
mas advierte tambien, que en nuestros
campos
aun no cesó la guerra, y los rebeldes
acaso volverán á perturbarnos.

Otél. Ilustre y noble Dux... Senado augusto,
conozco que Odalberto se ha irritado
con razon... y podrá esperar Otélo,
que con el tiempo logrará aplacarlo
vuestra bondad, y que los dos esposos
el perdon de esta culpa consigamos?
Arbitros sois de nuestra comun suerte;
soy un hombre, señor, soy un soldado,
y no tengo otros títulos, nacido
en un pais inculto... me educáron
lejos de grandes y pomposas córtes:
mis palabras carecen del ornato,
que hace triunfar al vicio con frecuencia:
mi sentir con el arte no disfrazo.
Nuestros dos corazones inocentes
con puro amor se vieron estrechados;
á Edelmira agradé sin pretenderlo,
la seduccion ignoro, y los engaños;
ya conozco mi dicha incomparable,
merecerla y ganarla es necesario.
En qué parte del orbe, en qué regiones
ordenais á este Moro despreciado
que tremole triunfante las banderas
que distinguen al pueblo veneciano?
Quiero que digan los futuros siglos
al oir mis victorias admirados:
»Cuando Venecia intrépida aspiraba
»de los mares al cetro soberano
»con sus muchas escuadras poderosas,
»Edelmira vivia... y á su lado
»el Moro Otélo, célebre guerrero,
»mas célebre se hizo... este Africano
»la adoraba... su frente victoriosa
»supo hermosear con sus triunfantes
lauros.»

Mocen. Los grandes corazones siempre
agradan
con tales medios al objeto amado.
Sí, valeroso Otélo, sed el mismo;
si Edelmira logró con sus encantos
ser amada de vos... tambien es cierto,
que Edelmira ha nacido para amaros.
El afecto mas suave y poderoso
distinciones de honor siempre ha igno-
rado,
amor es libre... léjos el orgullo
de títulos magnificos y vanos.
El que sirve á la patria con mas zelo,
aquél deberá ser el mas honrado.
A un heroyco guerrero le dispensa
de abuelos nobles su invencible brazo.

ESCENA VIII.

Vanse todos, menos Otélo y Edelmira.

Edel. Dí, nos perdonará por fin mi padre?...
mi padre... que á los dos amaba tanto!...

Otél. Sí, lo espero, Edelmira, sí, lo espero,
y tú tambien debieras esperarlo;
mas calma los temores que en tu pecho
su furor y su cólera ha escitado:
verá que en nuestro mútuo y fiel cariño
nada perdió su honor; pero entretanto
demos gracias al cielo. Qué gran dicha!
ya piensa que himeneo ha vinculado
nuestros dos corazones: si supiera
que aun no soy dueño de tu hermosa
mano,
de mi lado al momento te arrâncára:
de tí, mi bien, me hubiera separado...
Iba yo embebecido... presuroso
á jurarte en el templo sacrosanto
un eterno cariño... al mismo tiempo
que ya tocaba en el supremo grado
de mi felicidad... la dura guerra
y el honor me obligó á salir al campo.
Pero ya llegó el dia venturoso
en que secretamente nos unamos
con las dulces cadenas de himeneo,
para siempre querernos y adorarnos.
Crees en mi juramento?...

Edel. Y tú lo dudas?
Yo sospechar de Otélo!... Yo ultrajarlo!..
mi corazon al tuyo se abandona;
pero tambien creerás, dueño adorado,
que el amor que se abriga en este pecho
el mundo entero no podrá borrarlo.
Olvidas la amenaza de mi padre?

Otel. Yo!... no la he de olvidar!... Si por
acaso
la sospecha mas leve te privase
de tu tranquilidad y tu descanso,

la mano que conserva mi ecsistencia
la destruya con el fin el mas infausto.
Edel. Con que tu corazon está gozoso?
Otel. Mil veces sin temor he arrostrado
la furia de los vientos y uracanes,
el rayo mi cabeza amenazando,
las olas impetuosas elevadas,
el hondo centro de los mares anchos.
Despues de tan horrendas tempestades,
las aguas y los vientos serenados,
cuán dulce era la calma!... mas no llega
á la serenidad en que me hallo,
á esta dicha sin límites, que nunca
gozó tan grande el corazon humano;
á la tranquilidad incomprehensible
en que todo mi ser se halla anegado.
El alma salir quiere de su centro
de gozo y de placer... apenas basto
con todos mis sentidos y potencias
á contenerlo en mí, ni á declararlo:
en este instante yo morir debiera.
Tú, que ves mis deseos, cielo santo!
oye mis ruegos, mira como padre
á mi esposa, que huérfana ha quedado.
Haz que en mi compañía su destino
sea todo placer, todo descanso:
no pusiste tesoro tan precioso
entre manos de un bárbaro insensato:
para guardarle, y para ser su dueño,
dame aquellas virtudes que le has dado:
hazme su semejante, y que merezca
disfrutar tal honor, y bienes tantos.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el palacio de Otélo.

ESCENA PRIMERA.

Edelmira y Hermancia.

Edel. Es posible?... Yo lloro contemplando
de mi querido Otélo la morada.
Cuanto á mis ojos agradable fuera
si á mi padre y mi esposo dentro hallára!
Herm. Concluya Otélo pronto el himeneo,
y ocúltele la sombra mas opaca!
Edel. Al secreto himeneo me convida
y emplea su cuidado y vigilancia
en que le cubra un velo misterioso.
Y tú, querida!... tú, que dedicada
á ser mi conductora y mi maestra,
que jamas de mi lado te separas...
tú sola eres mi alivio y mi consuelo.
Qué dulzura se siente cuando el alma,
con la tristeza y penas oprimida, con
sustos y congojas agoviada,
otra alma encuentra generosa y pura
que participe de su suerte amarga,
que sienta sus pesares, y que enjugue
sus dolorosas lágrimas!... O Hermancia!
Herm. Señora... que...
Edel. Desde que vine al mundo
me has dado pruebas manifiestas, claras
de tu amor, de tu zelo y tu ternura.
Herm. Al punto de nacer, regocijada
os dí el primer asilo entre mis brazos.
Qué amor, ni qué cariño al mio iguala?
Edel. El cielo, protector de las virtudes,
me privó de mi madre y de mi hermana:
ya lo sabes... Ay triste!... Ahora me priva
del cariño de un padre que me amaba!...
Herm. No lo dudeis, señora, con el tiempo
venceremos su cólera obstinada:
en la bondad del cielo confiemos,
que siempre defendió la justa causa.
Edel. Ahora reconozco mis delitos!
Herm. Otélo justifica vuestra falta;
toda reconvencion ceder debiera
á la voz de sus ínclitas hazañas.
Edel. Se dice que por mares procelosos
á tierras muy distantes y lejanas
marcha pronto á empeñarse en nuevos riesgos.
Herm. El volverá triunfante á nuestra patria.
Edel. Si Marte en los combates le defiende,
temo las tempestades y borrascas.
Herm. Y vuestro corazon siempre abatido...
Edel. Ah! yo amo y temo, mi querida Hermancia...
Pero dime: si el cielo conservase
la vida de mi madre desgraciada;
no hubiera conseguido de mi padre
que himeneo á los dos nos enlazára?
Herm. Sí lo creo, señora.
Edel. Qué lamentos!

qué pesares su pérdida me causa!...
Tú misma no has podido mitigarlos.
Herm. De Venecia distante yo me hallaba
en época tan triste, y de mi padre
me privó la inflecsible y dura parca.
Mi boca os ha esplicado muchas veces
de su muerte cruel las circunstancias;
pero vos de la muerte de una madre,
de una madre que tierna os adoraba,
aun no me hablasteis. Cómo vuestro pecho
se obstina sin razon en ocultarla?
Edel. Yo temo referirla, Hermancia mia,
que el amor y mi padre me acobardan:
despues que me persiguen obstinados,
mas que nunca presente está á mi alma.
Sin duda he merecido mis desdichas!...
Herm. Y qué no podré yo participarlas?
no podré yo consolaros, Edelmira?
Edel. Tú, desde que nací, querida Hermancia,
testigo fuiste de mis pasos todos,
de la profunda paz, y de la calma
en que pasáron mis primeros años:
obediente á mi madre y á mi hermana,
de su amistad gozaba las dulzuras;
mas pronto el cielo me mostró su saña,
amenazando á mi infelice madre
con una muerte, por mi mal temprana.
La ví debilitarse cada dia:
ví de su rostro afable marchitada
la brillante hermosura, y por momentos
sus fuerzas consumidas y postradas.
En el último instante, cruel memoria!
su inquieto pensamiento se ocupaba
en algun triste y doloroso objeto:
me miraba confusa y asustada,
y con sus ademanes parecia
me intentaba librar de una desgracia
venidera; y en fin, con voz terrible
pronunció al espirar estas palabras:
» Hija mia! Si tú la paz deseas,
» baja conmigo á mi sepulcro, baja.
» Que preveo! ó destino! entre las sombras
» morirás inocente y desdichada. »
Esto dicho, sus brazos de repente
con varios movimientos se esforzaban
por alejar mi muerte; y parecia,
al contemplar sus congojosas ansias,
que el acero cruel sobre mi pecho
una mano traidora levantaba.
Trémula y débil al momento mismo
llora, estiende sus brazos, y entrelaza
mi cuerpo con su cuerpo doloroso,
mi seno con el suyo se estrechaba,
y con voz moribunda repetia:
morirás inocente y desdichada.
Herm. Temblais, señora?
Edel. Sí, todo lo temo:
mi destino, mi amor, estas palabras
algun dia tendrán su cumplimiento.
Herm. Que decis?
Edel. Ya de todo estoy privada,
sin madre, sin hermana, sin amigos,
sin apoyo, y en fin, sin esperanza:
no me abandones; no.
Herm. Yo abandonaros!...
Aunque la suerte adversa me llevàra
al espantoso centro de la tierra,
ó del voraz sepulcro á la morada,
seré fiel hasta el último suspiro.
El respeto, el valor, la amistad santa,
el zelo y el afecto que una madre
abrigó para vos en sus entrañas,
todo, señora, todo en mi se encuentra;
y si el cielo inflecsible no se apiada
de vuestro error... yo sola deberia
recibir el castigo de esta falta.
Ese vano presagio no os perturbe.
Otélo es el baluarte de la patria.
Ved su nombre triunfante en todas partes:
vencedor en Europa y en el Asia;
ved su célebre nombre por si solo,
que se vengó de la fortuna ingrata.
Sus hechos, no sus padres, le ennoblecen;
poned en una justa y fiel balanza
su mérito y los útiles trabajos
que ha emprendido en defensa de la patria.
Comparadle á esos nobles de Venecia,
que solo por sus vicios se señalan;
y que de sus gloriosos ascendientes
solo heredaron la notoria infamia
de ser hijos indignos de sus padres,
de fructifero tronco estéril rama.
Ah! si debeis temer, es que los cielos
castiguen el orgullo y arrogancia
con que á un ardor legitimo se opone
vuestro padre Odalberto. No hay un alma
que no apruebe el amor que siente Otélo;
de todos sois querida y estimada.
Si la amable inocencia puede darnos

de una suerte feliz las esperanzas,
si la dicha se encuentra acá en la tierra,
sin duda os pertenece disfrutarla.
Edel. Tu pronóstico mi alma lisonjea.
Tú me vuelves la vida: tú me encantas
y me haces esperar; mas quién se acerca?...
oygo ruido...
Herm. Señora, en esta casa
debo ser diligente... permitidme... *Vase.*

ESCENA II.

Edel. Fiel compañera de mi suerte infausta!
La ternura redobla tu cuidado,
y bien lo necesito. Ah! cuán incautas
muchas veces corremos al peligro,
que sin saberlo nuestras manos labran!
Sí, procura industriosa y diligente
tranquilizar mi turbacion amarga.
La gratitud que tengo á tus bondades
habita en mí desde la tierna infancia.

ESCENA III.

Edelmira y Hermancia.

Herm. Señora, un jóven, á quien desconozco,
pretende hablaros: veo retratada
en su rostro apacible, la tristeza;
pero su voz, su juventud, su gracia,
y el dolor que le oprime mas que todo,
hablan en su favor.
Edel. Que venga, Hermancia.

ESCENA IV.

Edel. Como soy infeliz, me compadezco
del triste á quien persigue la desgracia,
y mi mayor placer, mi mayor gloria,
sería, si pudiese, mitigarla.

ESCENA V.

Edelmira y Loredano. Hermancia introduce á Loredano, y se retira.

Edel. Aunque vuestra venida me sorprende,
escucharé gustosa las palabras
que decirme querais; si vuestro pecho
sufre, y de su dolor la confianza
quiere depositar dentro del mio,
bien lo podeis hacer con alma franca,
hablad: puedo saber con qué motivo
buscándome venisteis á esta casa?
Si os oprime la suerte, declaradme
por qué medios podria yo aliviarla.
Lor. Aliviar! no, señora: mi destino
me robó el solo bien que me quedaba:
no tengo que esperar, mis graves penas
no pueden ya jamás ser remediadas:
con vuestra compasion, con vuestro llanto,
solo conseguireis el agravarlas.
Edel. Pues qué quereis? hablad.
Lor. En este instante
iba á ceñirme en lucientes armas
contra los del partido sedicioso,
y morir en el campo por mi patria.
El perdon han pedido, y alcanzado,
y no pude cumplir mis esperanzas;
pero corre la voz de que Venecia
una secreta espedicion prepara:
en el puerto la escuadra se dispone,
y Otélo valeroso la comanda.
El ha escogido intrépidos guerreros,
jóvenes, vigorosos, y con ansia
de arrostrar los peligros: yo los busco,
yo deseo los riesgos. Podrá mi alma
lisonjearse de partir con ellos?
Pedireis en mi nombre aquesta gracia?
Edel. Qué deseos, señor! qué peticiones!
Cómo quereis que yo las satisfaga?
Porqué buscais peligros?.. respondedme.
Lor. Por morir.
Edel. Por morir!... idea estraña!...
no podeis desechar tales deseos?
Lor. La muerte pondrá fin á mi desgracia.
Edel. Y tan jóven: estais desesperado?...
Lor. La juventud es la estacion tirana
de penas y dolores.
Edel En mí propia
esa triste esperiencia se declara.
Ninguno ignorará mi cruel destino!...
Lor. Nadie, señora.
Edel. Con que así la fama
publica por el orbe mis amores! *ap.*
Compadecen mi suerte desgraciada?
Lor. Conocen la influencia inevitable
de la hermosura: miran enlazadas
dos almas que han nacido para amarse:
pero la ciega cólera y la saña
de vuestro padre... temen...
Edel. Qué?... decidlo.
Lor. Temen que sus acciones temerarias
esciten la venganza del Estado.
Edel. Qué escucho!... santo Dios!...

Lor. Las asechanzas
le rodean: su genio es violento,
y en el instante que mi boca os habla,
acaso le conducen á la muerte.

Edel. A la muerte!... Ah señor!... sea vuestra alma
sensible á mis dolores rigurosos;
bien conoceis las leyes inhumanas
de Venecia; mi padre va á perderse.
Si teneis compasion de la obstinada
é inflecsible desdicha que persigue
estos dos corazones que se aman;
si la naturaleza tiene imperio
en el vuestro, señor; si por desgracia
el amor ese pecho ha enternecido;
si permitis, en fin, que yo me valga
de vuestro ausilio, dádsele á mi padre,
libradle de la muerte que le amaga.
Qué beneficio para mí tan grande!
El proteger su vida, el ampararla
es conservar la mia; el cielo mismo
me parece os condujo á esta morada
para salvar al padre y á la hija.
No me negueis, señor, aquesta gracia.
Partid, no os detengais; el tiempo vuela:
mirad el llanto que mis ojos baña,
mirad mi situacion: tiemblo, fallezco,
y rendida me postro á vuestras plantas.

Lor. A mis plantas!.. ó Dios!..pensais señora
que mi pecho esas lágrimas aguarda!...
con qué es verdad!...Yo puedo socorreros!
santo Dios!... Si la muerte deseaba,
ya solo aspiro á que alargueis mi vida:
no mas ruegos... feliz en mi desgracia!..
Con que voy á salvar á vuestro padre!...
Si del mio la vida libertára,
no seria mayor mi regocijo.
Pero quedad tranquila y reposada.
Voy á seguir sus pasos diligente:
mi zelo y mi valor me darán alas.
Si la ocasion ecsige que mi sangre
en su defensa sea derramada,
la verteré gozoso y satisfecho,
y vuestra estimacion será mi paga.

ESCENA VI.

Dichos, Otélo y Pésaro entran á este tiempo: ven desde lejos á Loredano, le miran con atencion, igualmente que á Edelmira; pero se supone que por la distancia no pueden reconocer á Loredano; éste sigue:

Señora, pronto vuelvo hácia este sitio.

Edel. Yo confio, señor, que mi esperanza...

Lor. A Dios.

Edel. A Dios.

Loredano y Edelmira se retiran por diferentes lados: Pésaro y Otélo se acercan mirándolos, hasta que los pierden de vista.

Otél. Quien es aquél?

Pes. Distante
de su rostro las señas observaba;
su presencia me indica que es un jóven.

Otel. Cielos!... quién le introdujo en esta casa?
Qué me dices, amigo?

Pes. Yo... lo ignoro.

Otel. Pero, Pésaro, dime, no notabas
en sus gestos, postura y movimientos
de una estraña afliccion señales claras?
aun creo que sus lágrimas saltaron.

Pes. Llamad, pues, á Edelmira, y preguntadla.

Otel. Su llanto qué temor ha de causarme?...
En un alma tan noble y acendrada
todo es puro, sencillo, é inocente:
todo es bello y hermoso, como el alma,
La mia es firme; de su fé no duda;
con mi amor el respeto se acompaña.
Yo preguntarla!... yo Pésaro mio,
que veo la virtud acrisolada
de este objeto halagüeño y cariñoso!...
No hablo de la hermosura y de las gracias
de mi amada Edelmira, hablo tan solo
de su pecho, que libre de arrogancia,
libre de orgullo, sabe ser constante,
y libre de furor arde en la llama
mas síncera y honesta, y sin cautelas
con ingénuo valor sabe ocultarla.
Tú me conoces; tú testigo has sido
de mi ardor en las lides y batallas:
libre desde mi cuna, viví siempre
entre el ruido terrible de las armas.
Al honor dedicando mis fatigas,
y ocupado en la gloria, no pensaba
que mi corazon libre independiente
algun dia al amor se sujetára:
mi vida siempre á la voluble suerte
abandoné; pero despues que mi alma
se vió sujeta al amoroso yugo,
un nuevo ser habita en mis entrañas;

me parece comienza mi ecsistencia;
qué placer tan dichoso me arrebata!...
Sí: por una palabra de Edelmira;
por un leve suspiro, una mirada,
cederia la pompa y los laureles,
que en los combates los guerreros ganan
para adornar su frente victoriosa.
El amor... cuándo yo lo imagináras!...
me inspira el menosprecio de la gloria.
No concibes el fuego que me abrasa?...
Tu fragilidad se asombra, lo conozco,
y acaso de mil males te resguarda.
Amigo, segun creo, la fortuna
á las banderas otra vez me llama.
Si vuelvo vencedor del enemigo,
si otra vez me coronan mis hazañas,
perdonará Odalberto mis errores?...
y sensible á mi gloria...

Pes. En vano tratas
de obtener el perdon: muy mal conoces
la vil ingratitud, y la arrogancia
de esas almas venales y perversas,
ligadas para ruina de la patria,
para oprimir el mundo, y devorarle:
mira como ambiciosos arrebatan
la dulce libertad del pueblo incauto:
mira como orgullosos le degradan,
dejando á sus legítimos derechos
de su poder una apariencia vana.
Ellos le usurpan, ellos le conservan;
tu virtud y valor el pueblo ensalza,
pero á sus ojos no eres otra cosa
que un vil aventurero.

Otel. Esa palabra,
que insolentes pronuncian en mi oprobio,
debo yo agradecerla y estimarla.
Sí, gracias á su orgullo, me ennoblecen,
sino mis ascendientes, mis hazañas.
Repara con qué astucia cautelosa
esos monstruos veneran y consagran
de su cuna quiméricos derechos;
porque sin ellos, que serian?... nada.
Pero yo, que en el Africa he nacido,
donde se ignoran distinciones vanas;
yo, que tengo en mis hechos la nobleza,
el vigor, la energia me acompañan,
ni conozco el cruel remordimiento,
que el corazon culpable despedaza:
sin embargo confieso que Odalberto
en varias ocasiones con humana
ternura su bondad me ha demostrado.
Carece del desden, y la jactancia
del orgullo; y acaso dará oidos
á la naturaleza si le habla.

Pes. No, no, de su altivez triunfar no esperes.
Odalberto, jamás...

Otel. El tiempo pasa,
y no debe perderse, amigo mio:
estas horas las tengo destinadas
para dar cumplimiento en los altares
al himeneo que mi amor prepara.
Odalberto me aflige y enternece.
En mis resoluciones me acobarda:
el nombre paternal, y sus derechos
la compasion me mueven; su cansada
senectud he llenado de amargura;
si se perdiese... en fin, la vigilancia
del gobierno se estiende á todas partes,
de mil modos su astucia se disfraza.
Aquí mismo en el seno placentero
de las delicias, con cautelas varias
nos observa, y nos mira receloso;
y su mano sangrienta siempre armada
del hierro vengador, sigue el camino,
cubriendo con un velo sus tiranas
y horribles injusticias; tiene oculta
la sentencia, la víctima y la causa.
Aqui en los mas profundos calabozos
la inocente virtud abandonada,
llora sin que se atiendan sus gemidos;
un leve movimiento, una palabra
ofende á nuestro Estado; y su justicia
siempre, mas que justicia, fué venganza.
Sin noticia del padre ni del hijo
privan al hombre de la vida amada:
la espada hiere; mas con golpe oculto,
en silencio la sangre se derrama
injustamente, y cuando la sospecha
comienza, los verdugos se preparan;
de Odalberto el peligro me estremece.

Pes. Aun hay otro peligro de importancia,
que debe estremecerte. Por ventura
no sabes á qué excesos arrebata
el amor en Venecia? No conoces
con qué artes, qué rodeos, y qué mañas
se disfraza el furor de las pasiones?
Con qué serenidad hoy se quebrantan
las leyes del honor! Otélo, amigo,
Edelmira aun no es tuya: ve, despacha:
no dilates un punto ese himeneo.

Otel. Fiel amigo! tu ayuda es necesaria
para que oculto quede entre nosotros.
Llévanos al altar, y sin tardanza,
en presencia del cielo, y en la suya,
se enlazarán gozosas nuestras almas.
En medio del ejército, en el campo,
entre el ruido confuso de las armas,
nuestros dos corazones se estrecháron
con la amistad mas pura y mas sagrada.
El honor ha grabado en nuestros pechos
la fé, que nos cumplimos, sin jurarla.
Ven, ven, nunca el destino riguroso
pueda romper tan verdadera alianza!
vase.

ESCENA ULTIMA.

Pes. Qué zeloso furor! qué negra furia
me agita el corazon, me oprime el alma!...
Un Africano inculto y horroroso
me ha robado el objeto de mis ansias!...
Yo adoraba á Edelmira; con el tiempo
gozar de sus encantos esperaba,
y un despreciable y vil aventurero
ha tenido la dicha de agradarla!...
Otélo es adorado de Edelmira,
y él con amor recíproco le paga:
hoy mismo, en mi presencia, para siempre
con un vínculo estrecho ya se enlazan.
Y yo he de permitir que en este dia...
pausa.
ese monstruo destruya mi esperanza!
No será mientras Pésaro respire:
mi justa indignacion ya te prepara
entre amigos solícitos y fieles
una conspiracion, y oculta trama:
espero que su ayuda generosa
será obstáculo firme á mi desgracia,

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Hermancia y Edelmira.

Herm. Sí señora, la vista de los hombres
evitar diligentes es preciso;
si pretendiese hablaros ese jóven,
que todavia no hemos conocido,
yo le conduciré: lo ignora Otélo,
y de esto no debemos advertirlo.
Edel. Por qué se ha de ocultar?
Herm. Cuanto mas grande
en su ardor amoroso, y su cariño,
es tambien mas propenso á las sospechas:
una sola centella, un leve indicio
puede escitar un espantoso incendio.
No desprecieis, señora, mis avisos:
la vigilancia, el arte, y el cuidado,
que se opone á los riesgos y peligros,
muchas veces alejan las desdichas
del corazon pacífico y tranquilo.
Edel. Tú el lugar de mi madre ocupar debes:
en tus manos benéficas me fio.
Sí, yo causo la muerte de mi padre!...
O santo Dios!...
Herm. Señora, del destino
de vuestro amado padre luego al punto
yo voy á preguntar á mis amigos.
Pronto tendreis noticia de su suerte. *vas.*

ESCENA II.

Edel. En vano busco mi valor antiguo:
aun la luz á mis ojos se obscurece
con vapores confusos y sombrios:
mi corazon consulto en sus presagios,
y solo me responde con latidos,
que una horrible tormenta pronostican.
Yo la veo acercarse!... qué martirio!...
ya descarga su furia destructora
sobre este corazon tan afligido!
O padre! con que paz, con qué reposo,
libre de tantos males con que lidio,
pasé gozosa mis primeros dias!
los dias de mi infancia fugitivos,
á tu lado amoroso, y en tus brazos!
Si pereces... ó Dios!.. tiemblo al decirlo.
De Venecia el gobierno es implacable,
y jamás perdonó ningun delito.
Y yo he de ser... ó cielos! y mis faltas
le han de precipitar en el abismo
de la infelicidad y la miseria!...
Permitid que yo pueda darle auxilio,
ya que causa inocente de sus males
por mi desgracia, sin querer, he sido.

Mas quién se acerca? ay triste! es aquel jóven...
este no llevará el dolor consigo
de causar el tormento de su padre:
y yo infeliz de mí...

ESCENA III.

Hermancia acompaña á Loredano, y se retira dejándole dentro. Edelmira sigue.

Jóven sencillo!
cuando todo me aflije y amedrenta,
venis á consolarme en tal martirio?
mi padre ya...
Lor. Señora, estoy inquieto:
se dice, que acosado y resentido
de Venecia su patria, se retira
á buscar léjos de ella nuevo asilo:
que ultrajó con palabras al Senado,
que detestó á Venecia, que maldijo
á su pais natal, con vituperio
de su gobierno, leyes y ministros;
y que secretamente ha concertado
su venganza con nuestros enemigos.
Edel. No: conozco á mi padre, con palabras
exhalar su furor habrá podido
en el primer impulso de su enojo:
pero ser un traidor... y vengativo
á su patria... El estado en mis abuelos
leales, no traidores, siempre ha visto;
de ellos desciende, sí, sabrá imitarlos,
y seria el ultraje mas indigno,
si yo temblase por su cara vida.
En todo serán nobles sus designios.
Lor. Lo mismo pienso; y en su furia veo,
que su amor á la patria es escesivo.
Le aplacareis; su corazon paterno
cómo resistirá vuestros suspiros?
La dulce paz en vuestro amable pecho
su trono fijará, y á un tiempo mismo
himeneo, de amor acompañado,
pondrá fin á los llantos y gemidos.
Pero yo triste... Yo desesperado,
que á padecer parece que he nacido,
que detesto mi vida miserable,
y que busco la muerte con ahinco...
Ah, señora!... Alcanzasteis compasiva
aquel único bien que os he pedido?
lo pedisteis á Otélo?... me es ya dado
seguirle á los combates y peligros?
os deberé la muerte que deseo?
Edel. Cuando mi lengua preparé á cumpliros
la promesa, y Otélo me escuchaba,
presentándose luego á mis sentidos
la juventud, la gracia, los dolores,
y el interés que inspira el noble brio
de un héroe, que la muerte solo busca;
el movimiento dulce que sentimos
de piedad... en mis labios, al abrirse,
las palabras, señor, han detenido.
Y por qué os obstinais?
Lor. Ah!... mas que nunca
llevo la muerte dentro de mí mismo.
Edel. Pero el cielo conserva vuestro padre?
Lor. Disfruta de la vida el beneficio.
Edel. Y desgraciado vos quereis hacerle.
Lor. La desesperacion me ha conducido
á tal estremidad: el sentimiento
y el dolor han turbado mis sentidos.
Edel. No os separeis de los paternos brazos.
No, señor.
Lor. En el mundo no hay asilo
para mí; para mí, que en otro tiempo
gozé tranquilidad. Ah!
Edel. Señor, decidlo.
No os detengais, fiadme vuestras penas,
mi corazon es tierno y compasivo:
decidme vuestro nombre, y vuestro estado;
haced en mi favor este servicio.
Lor. Señora... no... jamás.
Edel. Dónde nacisteis?
dónde os han educado? descubridlo.
Lor. Un estrangero se tomó este cargo.
Edel. Un estrangero? y cómo? qué designio?
Lor. Nunca tendré razon para quejarme
de su ternura y paternal cariño.
Temiendo que mi vida feneciese
á manos de algun bárbaro asesino
en las guerras civiles y sangrientas,
en que se halló el Estado sumergido,
un anciano virtuoso y diligente
me dió la educacion entre sus hijos:
la mano protectora de los cielos
llenó mi humilde y plácido retiro
de objetos halagüeños y preciosos,

que de gozo llenaban mis sentidos:
yo ví los padres, y los tiernos frutos
de su amor: me encantaba el regocijo
de esposos satisfechos y contentos,
que á costa de sudores infinitos,
el sustento á la vida necesário
ganaban inocentes y tranquilos:
admiraba el reposo de esta vida
tan dichosa, tan llena de atractivos,
que la naturaleza proporciona,
y aquella paz del alma, don divino,
que tan leves momentos disfrutamos,
que tan pronto perdemos y sentimos:
la fama en nuestros campos publicaba
las victorias de Otélo esclarecido.
Vine luego á Venecia, y de su triunfo,
asombrado y confuso, fuí testigo:
ví la pompa magnífica y sublime,
que celebraba su valor invicto:
jamás un espectáculo tan bello
se habrá gozado en anteriores siglos.
La marcha magestuosa del Senado,
los templos, los soldados, y los gritos
de alegres marineros, y de un pueblo
anegado en placer y regocijo,
la luminosa noche que igualaba
del sol al resplandor y claro brillo;
Otélo, que modesto en su grandeza,
parecia ignorar su triunfo mismo...
todos estos objetos lisonjeros
colmaban de placer el pecho mio:
una jóven hermosa de repente
se presentó á mis ojos sorprendidos,
y aquel grande y magnífico aparato
se borra de mi alma; solo miro
el bellísimo rostro de la jóven,
y en sus gracias el cielo me imagino:
conocí, que rendido á sus encantos,
le entregaba mi vida y mi alvedrio;
de mi mente el amor jamás se aparta.
Oh! cuantas veces para mi martirio
se presentó su imágen á mi vista
en la cumbre del hórrido Apenino,
en las hondas cavernas, en los montes,
en los bosques opácos y sombríos,
en medio de los áridos desiertos
y á orillas de un arroyo cristalino,
donde en vano mis ojos la buscaban,
de verter tiernas lágrimas rendidos!
Por fin, llegó á su colmo mi desgracia,
y su felicidad al tiempo mismo;
ella ama, y es amada, el himeneo
hará pronto feliz amor tan fino:
y esta última desgracia os manifiesta
que vos sois la que quiero, y he querido.

Edel. Que escucho! esas palabras imprudentes
se dirigen á mí? Qué desvario
es el vuestro, señor?... qué?... mi desgracia
es causa de un ultraje tan indigno!
Pensais vos que en mi pecho, aunque postrado
con las adversidades, se ha estinguido
esa noble altivez, que á las virtudes
en medio de su pena infunde brio?
Si amo á un héroe glorioso, si le adoro,
tambien mi honor y mi virtud estimo.
No imaginé, señor, que en este dia
vuestra declaracion hubiera oido:
mi deber, que injuriasteis, os advierte
que os retireis al punto de este sitio,
y no volvais jamás á mi presencia.

Lor. Vuestro enojo, señora, he merecido
con razon.

ESCENA IV.

Dichos, Odalberto.

Loredano, viendo á Odalberto, se retira al fondo, y escucha.

Escuchemos á Odalberto. *Sigue.*

Edel. O padre!... Vos señor... O padre mio!
Que horrible palidez en ese rostro
de una fatal desgracia me dá indicios.

Odal. ¿Qué te importa de un padre la desgracia,
despues que la han causado tus delitos?
Por qué profana tu culpable boca
de padre el nombre cuando me has vendido?
Pero de mi venida otra es la causa:
arrancarte al momento determino
de mansion tan funesta y ecsecrable;
el paternal derecho está conmigo.
Aun no armó con su fuerza el himeneo
á ese vil corruptor, que yo abomino.
No logró todavia ser tu esposo;
si tienes corazon, si das oidos
á la voz del honor y de la sangre;

si quieres evitar al esterminio
de tu padre, de toda tu familia;
y si quieres, en fin, que enternecido,
hija, vuelva á llamarte un triste padre,
sigue mis pasos léjos de este sitio.
Edel. Ya sabeis qué disturbios, qué alborotos
mi amor en este dia ha producido.
Odal. Nos compadecen. La piedad conmueve
ese corazon débil y sencillo,
un corazon purísimo, inocente,
que un infame traidor ha seducido.
Ah cruel!.. Aquí mismo... en este instante
siento escitarse el paternal cariño;
tú suspendes mi cólera, tú ofreces
un retrato perfecto, hermoso y vivo
de tu hermana infeliz y de tu madre.
Por qué la muerte, cuando cortó el hilo
de su mísera vida, me ha dejado
sin enterrarme en el sepulcro mismo?
Díme, qué esperan mis cansados años?
lágrimas, abandonos y martirios:
la desesperacion...
Edel. O, padre amado!
Odal. Ah! sí... tu padre soy, y mis suspiros
son las muestras mayores del afecto
de un padre que te quiere, y ha querido;
recuerda los desvelos y cuidados,
el singular placer y regocijo
con que en los tiernos años te inspiraba
amor á la virtud, y horror al vicio.
En mi sangre cifraba mi esperanza;
bien me hallase venciendo al enemigo
en el campo del honor, ó en el Senado
con la toga pacífica vestido,
al bien de mi familia y de mi pueblo
ofrecí mis penosos sacrificios.
El amor á mi patria se aumentaba
cuanto el cariño de mis propios hijos.
Recobra tu razon; vuelve en tí misma;
reconoce tu casa, y el destino
á que debe aspirar tu noble sangre.
Oye, para curar ese delirio,
á tus predecesores inmortales,
que desde el centro del sepulcro frio
pretenden vindicar su antigua gloria,
y á ti dirigen sus tremendos gritos:
» Por nosotros, Venecia y sus escuadras,
» todo el mar á su imperio han sometido;
» y al perecer la libertad en Roma,
» en Venecia encontró seguro asilo. »
Oye á tu hermana y á tu triste madre
exhalando los últimos suspiros:
mírala, que te estrecha entre sus brazos.
Quieres que yo me vea fugitivo,
sin ausilio en la tierra, despreciado?
Quieres darme, hija mia, este castigo,
porque tengo la dicha de ser padre?
Para tí, si me amas, prevenido
tengo ya el himeneo mas ilustre.
Edel. Ah! *Odal.* Salgamos
Edel. Y cómo he de seguiros?
Otélo morirá, si yo le dejo.
Odal. A Otélo compadeces?...
Edel. Es muy digno
de que le compadezca todo el orbe,
pues yo mil veces mas culpable he sido.
Yo turbé su razon sin pretenderlo;
yo de agradarme le enseñé el camino:
yo, fijando mis ojos en los suyos,
le emponzoñé con su veneno activo.
Sola soy criminal... mirad á Otélo
virtuoso, triunfante, y vuestro amigo.
Odal. Eso aumenta mi cólera y su infamia:
cuando todas mis fuerzas yo dedico
á darle una acogida lisongera,
entonces él... entónces ese inicuo
mi corazon leal atravesaba,
afilando en mi sangre su cuchillo.
Para calmar al pueblo, al himeneo
forzarme á consentir ha pretendido;
pero en vano se jacta su insolencia.
Edel. Padre...
Odal. No mas... que ya tomé partido,
y no le mudaré, si el mismo cielo...
Edel. Mirad, señor...
Odal. A un bárbaro, á un maligno
á defender te atreves? calla, ingrata,
solo al oir su nombre me horrorizo.
Y... firma este billete.
Saca un billete, y se le presenta.
Edel. Con qué intento?
Odal. Fírmalo pronto: fírmale te digo,
Saca un puñal.
ó con este puñal rompo mi pecho.
Edel. Que haré?... valedme, ó Dios!

Firma el billete con la mayor precipitacion, y se le da á su padre.
Odal. Ya estoy tranquilo:

tú serás el apoyo de mi casa,
de mis cansados años el alivio:
el cielo reservó para tu mano
un jóven, que lejano de los vicios
se educó, practicando las virtudes;
su natural bondad no han corrompido
la impostura, el ejemplo, las pasiones,
ni aun de Venecia el esplendor ha visto.
El noble padre de este ilustre jóven
á mi cargo ha dejado su destino:
Loredano, por fin, es quien merece
ser dueño de tu amor: mira que es hijo
de nuestro Dux.

Edel. O Dios! Y estais seguro
de que á mi se dirigen los suspiros
de este jóven?

Loredano sale del fondo del teatro en que estaba oculto y dice:

Lor. Señora, os idolatra:
el ardor de su pecho es escesivo;
lo juro por el cielo, por vos misma
respondo de su amor y su cariño;
respondo de su fe constante y firme.
Loredano, señora, soy yo mismo.

Odal. No hay duda... él es.

Edel. Señor... Será posible?

Odal. Pues si tu amor, si tu valor invicto
se igualan con tu ilustre nacimiento,
tú su esposo serás, que yo te elijo.
Ve aquí á Edelmira: como padre suyo
puedo yo disponerlo.

Lor. O, Dios benigno!...

Edel. Y qué, señor, tendreis atrevimiento?..

Odal. No escucheis ni sus quejas, ni sus gritos;
ni tampoco su cólera furiosa... 1 *á ella.*
(1)dale pronto la mano(2)sé mi hijo. 2 *á él.*

Odalberto toma la mano de su hija va á enlazarse con la de Loredano, ella lo resiste y casi desfallece.

Lor. Señor, mirad que su semblante hermoso,
con triste palidez se ha obscurecido,
que sus miembros se van debilitando,
que tiembla, y desfallece.

Odal. Qué motivo
hay para que tu mano tambien tiemble
cuando coges la suya?

Edel. O padre mio!...
Cómo puede ignorar que ya la he dado,
y el corazon tambien?

Odal. Sin mi permiso
tú de tí misma disponer no puedes:
tu corazon, tu mano, tu destino,
tu sangre y aun tu vida, es de tu padre.

Edel. Pues entonces, señor, que bien me hizo?...
Para qué me crió naturaleza?

Odal. Aquí dentro tenia establecido
Señala el corazon.
el mas sólido apoyo de tu dicha;
y te enseña á no echar en el olvido,
que en el paterno zelo y vigilancia
disfrutas el mas alto beneficio.

Edel. Y que he de hacer?

Odal. Obedecerme pronto.

Edel. Mi corazon resiste á tal designio:
y Otélo... no... jamás...

Odal. Escoge.

Edel. Padre...

Odal. Acaba.

Edel. Os debo el ser: ó padre mio!
y la sangre que anima mi ecsistencia
gustosa derramára por serviros.
Pero Otélo me ama. Yo le adoro.

Odal. Ya soy libre: sí en vano he pretendido
que una ingrata volviese á ser mi hija:
Todo con el mayor despecho.
mi torpe error renuncio y abomino:
ahí tienes el billete, y yo en mi pecho
Se lo arroja.
tengo todas las furias del abismo.
Ama, adora por siempre á ese malvado:
aun no se ha abierto el ondo precipicio,
que te confunda en su terrible seno;
pero se abrirá pronto, lo confio:
no, no temas mi enojo: sigue, sigue
al fin del universo á un hombre inicuo;
te entrego á su frenética locura,
que renunciar á todo determino,
naturaleza, patria, honor, deberes:
todo ya lo detesto; nada miro.
A Dios: recibirás la recompensa
del tigre que en tu seno has admitido.

ESCENA V.

Edelmira, Loredano.

Edel. Mi padre me abandona!

Lee temblando el billete que firmó y le entregó su padre.

Lor. El justo cielo
no verificará su vaticinio,
ni Odalberto quisiera se cumpliese.

Edel. Es posible? mi padre! Que he leido?

ESCENA VI.

Dichos, Hermancia.

Her. Vuestro padre, señora, en este instante
se halla cercado de inminentes riesgos:
ántes que os visitase, su violencia
ultrajó nuestras leyes con desprecio;
mereció su rigor y su venganza.
Evite, ó cielos! golpe tan funesto;
mas qué dolor mortal voy á causaros!
qué herida voy á abrir en vuestro pecho!
La indigencia y la fuga son los bienes
únicos que le quedan: sin remedio!
ignoro cuáles sean sus delitos;
pero sé, que el Senado, en un decreto
le quita sus honores y sus bienes,
y tambien le despoja del derecho
de noble ciudadano de Venecia:
tiemblan que si le prenden, al momento
de los diez la Asamblea sanguinaria
para satisfaccion pida su cuello.
Ah, señora! Vereis á vuestro padre
entre las manos de un verdugo fiero
exhalando los últimos suspiros!

Edel. Señor, no me dejeis: mirad que el cielo
con su luz soberana me ilumina.
Vuestro padre, señor, el padre tierno
que tanto os ama, puede en este caso
librar al mio de un peligro estremo:
como Dux, él tendrá poder y amigos,
y como padre, su mayor deseo
será el bien de su hijo Loredano.
Ah! Si los dos, estando de concierto
de nuestra union las dulces esperanzas
infundir le podemos algun tiempo!...
Si este papel, señor, que de mi mano
y de mi libertad os hace dueño,
le puede asegurar que mi designio
era nos enlaze el himeneo!...
Si vos mismo, sensible á mis desgracias,
reuniendo á mi llanto vuestro ruego,
á proteger mi padre desgraciado
quisieseis obligar, piadoso, al vuestro...
Sé que repugna á la verdad sencilla,
y aun á mi corazon este rodeo:
hasta aqui miré tierna y compasiva
vuestro amor y virtud, os lo confieso;
pero la vida de mi caro padre
es ya el único bien á que yo anhelo.
En vuestras manos pongo ese billete:
mi honor y mi destino en él entrego:
veo en vuestro semblante el testimonio
de un corazon pacífico y sincero,
de una alma generosa y compasiva.
No, no lo dudo, me dareis consuelo:
ya os está recreando la dulzura,
y el gozo imponderable, aunque secreto,
que en el alma sentimos los mortales
cuando á los semejantes socorremos.
Mas mi padre, señor, tiemblo al pensarlo,
se halla á la baja afrenta y vilipendio
de la vil indigencia reducido:
para sacarle de ella, yo no tengo
todos los medios que tener quisiera.
Quitándose la diadema de diamantes.
Tomad esta diadema, que os ofrezco:
los tesoros del Asia y de la Europa
quisiera se añadiesen á su precio:
si pudieran mis ojos infelices,
un torrente de lágrimas vertiendo,
ver brotar los tesoros con el llanto
para calmar la pena que padezco!
Id, señor, de una accion tan generosa,
solo vos mismo ser podeis el premio.

Lor. Voy pronto á obedecer: voy á salvarle:
me matais, y es preciso complaceros:
mi corazon amante está postrado...
Pero oid el tremendo juramento
que hago en vuestra presencia. Si este dia
forma el vínculo odioso que preveo;
si presencio espectáculo tan triste,
juro que al punto... de furor me lleno...
juro, que resentido y despechado,
por tramas, por disfraces, por los medios
que primero me ocurran, voy furioso,
y os arrebato del altar funesto:
escusad mi furor, y mi amenaza...
considerad que os amo, y que hoy os pierdo.
Voy puntual á salvar á vuestro padre:
voy á serviros: quiero, y debo hacerlo;
pero soy generoso: estoy turbado...

solo al pensar mi suerte me estremezco.
No acepto vuestra estima todavia:
os amo con furor: y tengo zelos:
aun puedo cometer algun delito...
qué digo?.. Ay infeliz!.. No, no lo creo:
no os dañarán mis zelos, Edelmira,
no llegará mi furia á tal estremo.
Y otro ha de ser!... qué turbacion!... qué rabia!...
dudo si estoy en mi: me desespero:
nada aseguro; temedlo todo:
de mis acciones responder no puedo.

ESCENA VII.

Edelmira, Hermancia.

Edel. Qué amenazas! ó cielo! Hermancia mia!
Ya destruida mi esperanza veo.
Su zeloso furor me ha horrorizado:
qué mirada feroz y de despecho
lanzó sobre Edelmira al despedirse!...
Pero dí: se dará por muy contento
ese jóven furioso y temerario
en perturbar mi dicha y mis deseos?
en gozar de mis lágrimas amargas?
se dejará llevar á tal exceso?
Podrá, al tiempo que vaya á ejecutarle,
verificar tan bárbaro proyecto?
No lo creo; es magnánimo: es virtuoso;
pero es jóven: me ama, y se halla espuesto
á cometer delitos mas atroces,
y acaso podrá ser... Querido Otélo,
haz que nuestro himeneo se celebre
en dias mas tranquilos y serenos.

ESCENA VIII.

Dichas, Otélo.

Otel. Ven: ya el altar tenemos preparado.
Edel. Y mi padre, señor.
Otel. Está resuelto
á no poner obstáculo: eres libre.
Edel. Haced, señor, que un misterioso velo
nuestro himeneo oculte.
Otel. Ya mi amigo
dió las disposiciones á este efecto.
Edel. Si se engaña?
Otel. Conozco su prudencia.
Edel. Diferid por un dia este himeneo.
Otel. Ven: sígueme.
Edel. O Hermancia! un solo dia... *á Otélo.*
Otel. Si en este no eres mia, yo me muero.
Edel. Solo un dia, mi bien!
Herm. Ceded, señora.
Edel. Vuestra mano me guie, santos cielos!

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Otelo, Pésaro.

Otel. Qué! En el templo, y al ir á desposarme,
no consigo ser dueño de su mano!
un oculto rival... Traicion horrible!
Si mi esfuerzo y valor no lo ha estorbado,
al pie de los altares ese aleve
con furor la arrebata de mis brazos!
Pes. Vuelve la paz á tu agitado pecho.
Edelmira está dentro de palacio,
el cielo te la vuelve. El cielo mismo
tendrá de conservártela cuidado.
Otel. Pero al pie del altar querer robarla!..
Qué monstruo tan feroz y temerario
concebir pudo tan injusta empresa?
Pes. Ya te lo he dicho... sí... en Venecia estamos.
Otel. Si seria Odalberto quien por fuerza
intentó separarla de mi lado,
y pretendió llevársela á su casa...
Nada observé: tal fué mi sobresalto;
pero tú, que tranquilo y sin turbarte
has podido observar todo el acaso,
aquél jóven que vimos aquí dentro;
se hallaria con ellos? lo has notado?
Pes. No, amigo, yo no pude distinguirle
desde un paraje obscuro, y aun lejano;
pero noté, que mientras furibundo
los zélos de tí mismo te sacaron;
mientras lleno de cólera y enojo
señales de tu rabia estabas dando,
noté, digo, al través de los disfraces
de un rostro jóven los brillantes rasgos,
de un jóven despechado y orgulloso,
que de ardientes deseos enagenado,
la muerte horrenda, ó Edelmira hermosa,

frenético de amor iba buscando.
Tengo grabadas todas sus facciones,
y espero conocerle si le hallo.

Otel. Amigo, hablo tranquilo y satisfecho,
el amor propio nunca me ha cegado,
veo á un tiempo brillar en Edelmira
la juventud, la gracia, los encantos,
la hermosura, el honor: y tambien veo
su sangre ilustre, y ascendientes claros:
yo confio en la fé de sus palabras
y de su corazon; pero no estraño
que de otro y no de mí se enamorase:
un guerrero, en las armas educado,
carece de las gracias y atractivos
del amante alagüeño y cortesano;
y aun cuando pretendiese que con otro...

Pes. Llenos están, no hay duda, nuestros fastos
de los nombres famosos de sus padres.
Su hermosura orgullosa, el lustre vano
de su cuna, la débil inconstancia,
que suele acompañar los pocos años,
la oferta de otro esposo, á que pretende
hacerla consentir un padre airado...
qué se yo... Mas qué ideas te combaten?

Otel. Pienso, y no puedo menos de pensarlo,
que Edelmira, tan jóven y tan bella,
no será infiel... no.

Pes. Yo pienso otro tanto.

Otel. Y lo crees?

Pes. En este dia, amigo,
su amor y su virtud os ha mostrado.

Otel. Sí... lo veo... Mas que quieres decirme?

Pes. Tus ojos perspicaces no notáron
los progresos de amor en sus facciones?
Evitaba el mirarte?

Otel. Al evitarlo,
mas ansiosa y mas tierna me miraba.

Pes. Asi en un corazon honesto y sano
amor quiere ocultarse, y se descubre.
Ya no te turbará ningun cuidado?

Otel. No, nada me perturba.

Pes. Acaba, Otélo.

Otel. Quisiera, y no me atrevo á pronunciarlo.

Pes. Habla, qué te detiene?

Otel. Cuando vine
para llevarla al templo sacrosanto,
pretendí penetrar si la animaba
el amor, que en mi pecho han inspirado
sus ojos placenteros y risueños;
mas de repente la asaltó un desmayo.
Quién causó aquel temblor y turbaciones?
Por qué su frente con cruel descaro
desechó la riquísima diadema
con que humildes mis manos la adornáron?
Por qué si es tan síncera, tan virtuosa,
acerca de ese jóven no me ha hablado?
cuál sería el dolor que la angustiaba?

Pes. Teme los zelos...

Otel. Zelos... yo abrigarlos?
un tormento tan vil y despreciable...
No, amigo, solo busco el desengaño.
Dí: piensas que ese jóven imprudente
arrancarme á Edelmira haya intentado?
no me disfraces nada: dí, qué piensas?
habrá sido él quien meditó aquel rapto?

Pes. Al amor ceder suelen las virtudes:
su impulso nos arrastra, y en sus lazos
es muy fácil caer. Tiemblas, Otélo?

Otel. Quien! yo temblar! estoy muy sosegado:
y tú crees...

Pes. Que él solo, él solo ha sido
cuyo traidor y pérfido conato
te llenó de vergüenza en este dia
con su culpable ardor desenfrenado.

Otel. Si Edelmira me hiciese el menosprecio
de entregar la diadema á mi contrario...
Infeliz!... infeliz! mas le valiera
perecer en los climas africanos
al furor de los tigres y leones,
y que su cuerpo vil, hecho pedazos,
y destrozados sus sangrientos miembros
de carnívoros monstruos fuese pasto...
que, si son verdaderas tus palabras,
caer por su desgracia entre mis manos.

Pes. Ah! me horrorizas.

Otel. Siga sus intentos:
si descubro su objeto depravado,
si de su amor descubro algun indicio,
yo... yo mismo un castigo preparando,
el mas terrible que inventar se pueda,
le he de ver moribundo, inanimado,
y su cuerpo sangriento he de ponerle
ante los ojos que le cautivaron.

Pes. Infeliz Edelmira! en sus furores
te arrancará la vida este tirano.

Tu mismo amante causará tu ruina!
Otel. Yo... no... jamás...
Pes. Otélo ingrato!
ántes que asi la juzgues, considera
lo que por tí Edelmira está pasando.
Ama... y á quien?... hablad... como es posible
probarme, que á ese jóven temerario
tiene amor Edelmira? Tú quisieras
que contra la hermosura cometamos
el delito de hacerla responsable
de los fuegos que enciende, ó de los daños
que por defecto nuestro casi siempre
su inocente atractivo habrá causado?
Por qué temblaba, infiel quieres que sea?
y porque vuestros ojos repararon
que la diadema falta de su frente,
culpable sin razon la habeis juzgado?
Solo os queda un remedio: los rebeldes
su cerviz orgullosa ya doblaron.
A la patria servir podeis en Asia:
de Venecia y los zelos olvidaos.
Temo mas vuestra cólera fogosa:
temo mas vuestro pecho fiero insano,
que un ardiente volcan echando llamas,
que el furor de los males irritados.
Idos con Edelmira á la Morea,
el himeneo puede allí enlazaros:
allí podreis ganar con vuestros hechos
gloria inmortal y verdadero aplauso;
lograreis que Odalberto se avergüence:
oponed la victoria al lustre vano
que nuestros ascendientes muchas veces
para mayor oprobio nos dejaron;
haced que el orbe admire vuestra gloria,
de ella zeloso debereis mostraros.
La escuadra está en el puerto prevenida,
y yo en ella contento os acompaño;
mas si antes de partir, ese hombre infame
se presenta á mi vista; si le hallo
de este augusto palacio en el recinto,
me parece que veo ya mi mano
sobre el aleve pecho de ese monstruo
el golpe de este acero descargando:
y á un tiempo, la virtud, mi amigo, el cielo
y la hermosura vengará este brazo. *vase.*

ESCENA II.

Otel. Ya respiro... sí... el cielo me concede
de la fina amistad el fiel dechado
en tí, Pésaro mio: con qué calma
y activa frialdad está ocultando
el ardor impetuoso de su seno!
O! si el amor en él hubiese entrado,
cuan fácil le seria el disimulo!
cómo ejerce un dominio soberano
sobre sí misma, y todas sus pasiones...
No hay duda, podrá ser un adversario
temible á los amantes; pero veo
que es el mas generoso, el mas humano:
con atencion la vista en Edelmira *pausa.*
acaso alguna vez habrá parado...
y el amor... Pero qué? tú le sospechas?
infeliz! á tu amigo!... pues qué, acaso
no ha podido admirar con ojos puros
su brillante hermosura y sus encantos?
no se equivoca, no; mas la defiende,
de su amable inocencia penetrado:
seguiré sus consejos saludables;
á otros climas solícito me marcho,
léjos de los tiranos que me cercan,
y llevaré al objeto que mas amo:
el amor, la virtud vendrán conmigo
la furia de los mares arrostrando;
pero veo á Edelmira que se acerca,
y á Hermancia que tambien sigue sus pasos.

ESCENA III.

Otélo, Edelmira, Hermancia.

Otel. Señora, me buscábais?
Edel. Ah!... sí... os buscaba.
Queria veros, deseaba hablaros,
no para alimentar mi dulce llama.
Sabe el cielo, que nunca se ha borrado
de mi pecho sensible y amoroso
la imájen del objeto que idolatro:
mas quiero estar al lado de mi apoyo.
Otel. Os pediré un favor: podré alcanzarlo?
Edel. Hablad, Otélo mio.
Otel. Ya Venecia
el partido rebelde ha desarmado;
mas del Senado augusto los decretos
me imponen el gravoso y noble cargo
de servirla en regiones muy distantes:
el deseo y valor que acompañáron
en todo tiempo á Otélo, sus deberes,
su honor todo lo empeña en aceptarlo;

y ya la escuadra solo á vos espera,
y yo tambien vuestra respuesta aguardo.

Edel. Si tuvieseis el nombre de mi esposo!...

Otel. Pensad que debo serlo.

Edel. Atravesando
por medio de tormentas y borrascas,
por los terribles mares dilatados,
por medio de mil muertes os siguiera.
Cuando el amor nos guia, qué arriesgamos?
Pero si en la indigencia y la miseria
pereciese mi padre desdichado!
Entonces, ay de mí! yo, yo seria
quien clavase, (pensándolo desmayo,)
el agudo puñal en sus entrañas.
Un rayo de esperanza, sin embargo,
á mi tímido pecho infunde aliento:
me parece que el Dux ha mitigado
su rigor justiciero en mi presencia.
Si voy á suplicarle, quizá humano
y sensible á los ruegos de una hija,
mi padre se veria perdonado.

Otel. No lo ignorais: en este mismo dia
un pérfido traidor arrebataros
intentó del altar.

Edel. Pero esta gracia
debereis concedérmela: dignaos
considerar que ha sido la primera.

Otel. Perdonad, si...

Edel. Señor, yo la demando,
y no debeis negármela.

Otel. Confieso
me cuesta repugnancia el arriesgaros:
ignorais el poder de vuestros ojos?
Si alguno...

Herm. Su candor y su recato
desconoce el orgullo y la hermosura.
Y vos en el olvido habeis echado
el amor fiel que de ella os hizo dueño?
esta prenda pudiera aseguraros,
no la aparteis jamás de la memoria:
ella dirija siempre vuestros pasos,
y os alumbre; si acaso la sospecha
os condujese á algun error infausto,
acceded á sus suplicas: son justas,
lo merece su amor, no hay que dudarlo.

Otel. Basta, Hermancia, me opongo á sus deseos
contra mi voluntad, y disgustado;
mas conozco á Venecia y por lo mismo...

Edel. Ay de mi!

Herm. Qué martirio la ha causado!
Y teneis corazon para aflijirla?
dais á su tierno amor tan duro pago?

Edel. Hermancia!

Herm. El color pierde.

Edel, Yo fallezco.

Herm. Señor, su único amparo
sois vos: vos sois su padre, sois su esposo:
mirad sobre su rostro el dulce agrado,
sin duda se olvidó de vuestra ofensa.
Ya sus ojos, señor, quieren miraros.

Edel. No: yo no te aborrezco: estoy contenta...
primero que causarte, esposo amado,
la mas leve sospecha, deseára
que mil veces el cielo con sus rayos...

Otel. Yo mismo me aborrezco, me detesto:
hiere, yo soy quien causó tu martirio,
no merezco gozar de tu presencia,
ni aun de enjugar tus lágrimas soy digno:
compadece mis males y tormentos,
mi ardor, y los furores repentinos
de la sangre africana que me anima:
infunde generosa en mis sentidos
el reposo apasible que tú gozas;
á tus plantas humilde lo suplico.
Sí: tu esclavo seré, tu sola seas
la luz que veo, el ayre que respiro;
y yo á fuerza de amarte y de quererte,
á la excelsa virtud llegue contigo.
Mañana, cuando el sol su luz nos vuelva,
vete sin detencion... Ve, dueño mio,
habla al Dux en favor de un tierno padre.
Mira tu hija, Hermancia, sí: yo mismo
prometo lo será: verás su dicha,
y descansada vivirás conmigo.
Si á Edelmira ofendiere con sospechas,
el cielo me abandone á mi delirio,
y pierda yo el tesoro inestimable
que su favor me habia concedido.

Edel. Otélo mio! Sí, para tí solo
mi corazon reserva su cariño.
O Dios! vuestra justicia vengadora,
si le ofendo, prevenga mi castigo.

ESCENA IV.

Otel. No: la naturaleza, el mundo entero
una virtud tan pura nunca ha visto:

es la misma virtud, que desde el cielo
á consolar la tierra ha descendido;
desgraciado de aquel que sin prudencia
se atreviese á empeñar su claro brillo;
veo que sin piedad atravesára
su corazon mi acero vengativo:
mas Pésaro se acerca á pasos lentos,
demostrando tristeza, y con sigilo.

ESCENA V.

Otélo, Pésaro.

Pes. Sabes tú padecer?
Otel. Me han enseñado.
Pes. Y sin agitacion el triste aviso
de un infortunio grande escuchar puedes?
Otel. Hombre soy.
Pes. Edelmira... ultrage impio!
Edelmira... yo tiemblo... es...
Otel. Dilo pronto.
Pes. Infiel.
Otel. Infiel? la prueba necesito,
con que dámela luego.
Pes. Prueba quieres?
atónito me dejas al decirlo.
Puede llegar á mas tu violencia?
he vengado tu amor, y yo recibo
en vez de recompensa vituperios.
Sí: mis ojos han visto y conocido
á ese rival infame é insensato,
á su furor siguió mi desafio;
la justicia triunfó en nuestro combate;
el traidor en él tuvo su exterminio,
y en su cuerpo sangriento y excecrable
esta diadema y carta he recogido:
tú conoces la firma.
Otel. 1 Ella es. 2 No hay duda.
1 mirando la diadema. 2 la carta.
El enojo y la cólera reprimo: *ap.*
este billete puede ser acaso
de alguna traicion pérfida el indicio.
Pes. Toma, lee.
Otel. »Padre mio, conozco la sinrazon con
» que os he ultrajado: renuncio la mano
» de Otélo; Dios quiera que mi arrepen-
» timiento pacifique vuestro enojo: vos
» solo teneis derecho de disponer de
» vuestra hija=Edelmira.»
Sí... ya puede.
Pes. Desdeñoso
despreciais la culpa y su delito:
no sientes el furor, tampoco el odio?
Otel. La desesperacion, Pésaro mio,
con calma.
la desesperacion tengo en mi pecho;
pero el tiempo es precioso... yo he servido
á tu patria, y aun mas quiero servirla
para recompensar sus beneficios.
Necesita un guerrero que sostenga
de sus armas el lustre primitivo:
al retirarme yo puedo nombrarle,
y á tí te nombro, á tí, Pésaro amigo.
Voy á hacer la propuesta en el Senado.
Pes. Yo? á mí....
Otel. Voy á morir, tenlo entendido,
escucha, este es el tiempo de ser justo...
Yo llené de amargura y de martirio
á un respetable anciano, y á la tumba
este cruel pesar llevo conmigo:
su alma está exasperada, sin consuelo:
si le vieres errante y fugitivo
favorece su fuga; mas si vive
procura no se pierda, y dale ausilio.
Este anciano es el único en la tierra
á quien faltas de Otélo han ofendido,
mas todo con mi muerte se remedia,
y se perderá todo si yo vivo.
Lo muestra sin dárselo.
Entrega este papel, esta diadema
á la hija de Odalberto; mas te digo
que sea sin nombrarme: no indiques
cosa que la recuerde mi destino,
mi vida, ni mi muerte. Nada, nada...
Logre felicidad en el cariño
de un esposo mas noble, mas amable;
termine la carrera que ha emprendido,
halle su dicha y todos sus placeres,
y yo la paz en el sepulcro frio.
Al ir á darle el billete, con el mayor furor.
Mira: ves el papel? ves la diadema?
pues yo quiero empaparlos, sumergirlos
en la sangre infeliz y detestable,
en esa sangre impura que abomino.
pausa.
Pésaro, ven: en dónde está ese monstruo?
llévame, llévame al horrible sitio
en que su infame cuerpo ensangrentado
pueda yo contemplar con regocijo.
Concibes mi placer, cuando yo vea
sobre el cadáver pálido marchito,
de ese rival traidor, de ese tirano,
el cuerpo de su amante reunido?
cuando sobre sus miembros palpitantes

el pecho la traspase este cuchillo?...
Se detiene y reflecsiona.
Otélo que haces?... bárbaro, detente.
Qué ceguedad perturba tu juicio?...
De una débil muger nunca la muerte
el valor de tu brazo ha deslucido.
Siento que mi furor se ha refrenado
por el exceso del ultraje mismo...
recuerdo las palabras que su padre
al despedirse, con furor, me dijo:
»Ha engañado á su padre, no es estraño
»que con el tiempo engañe á su marido.«
Pes. Es verdad.
Otel. Con que pérfida cautela
aparenta dolores y suspiros!
dí: te parece que Edelmira sea
infiel de corazon?
Pes. Es positivo:
estas prendas serán eternamente
de su inicua maldad fieles testigos.
Otel. Por qué en el seno de la ardiente Libia
Otélo no murió desconocido!
Pes. Desgraciado!...
Otel. Las recias tempestades
el viento anuncia con terrible ruido:
el rayo con relámpagos avisa
su golpe destructor, y los rugidos
del leon su presencia nos advierten;
mas la muger, con ánimo tranquilo
y aparentes halagos nos destroza
el corazon cual pérfido asesino.
Edelmira...
Pes. Su nombre te enternece.
Otel. No puedo sepultarla en el olvido.

ESCENA VI.

Dichos y Edelmira.

Edel. Señor, todo el palacio han perturbado
vuestros tremendos y espantosos gritos,
y yo vengo á buscaros: qué os agita?
Otel. Nada.
Edel. Me lo ocultais? No, no, decidlo.
Qué, temeis descubrirme vuestras penas?
Otel. No: ántes bien estoy muy persuadido
que mi amor os es grato, y vuestra lengua
lo que sentia el corazon ha dicho.
Edel. Pero como me hablais con voz tan débil?
Otel. Cuando el alma y el cuerpo han padecido,
necesitan reposo: yo conozco
que será duradero, me es preciso.
Edel. Pésaro, que aflicsiones se apoderan
del corazon de Otélo?.. Qué motivo?
Ay triste!.. porqué?
Otel. Estimo tus piedades.
Edel. Que haré? que haré mi Dios! ó Dios benigno!
dulce y tierna amistad!.. sueño apacible!..
sanad mi corazon...
Otel. Yo me imagino
Sarcasmo horrible.
el reposo del vuestro: la paz siempre
de la inocencia compañera ha sido.
Pésaro, vamos.
Edelmira, que hasta ahora no habia observado á Otélo, le mira con atencion al oir sus últimas palabras; nota su amarga sonrisa, baja la cabeza y se estremece.

ESCENA VII.

Edel. O cielos, qué sonrisa!
que mudanza de voz! qué seco estilo!
qué despedida!... en su tranquilo pecho
que oculta tempestad se habrá movido?
Mi corazon es puro: Otélo me ama:
él es sensible, yo me determino
á hacerle que me esplique sus pesares.
Su amigo le hablará: yo de este sitio
no quiero separarme. O santos cielos!
si vuestra providencia ha decidido
que el uno de los dos muera este dia,
vuestro decreto solo en mí cumplidlo.
Ved mi vida, tomadla, que á este precio
os bendigo en mis últimos suspiros.

ACTO QUINTO.

El teatro representa el cuarto de Edelmira: en el fondo está su alcoba ó dormitorio: se vé su lecho, varios muebles, una luz, un clave, etc.

ESCENA I.

Edel. El sueño ya mis párpados agovia,
y mis ojos solícitos se cansan
en buscar el palacio de mi padre.
Sola estoy: ó Dios mio! mas, qué causa
de horror y timidez llena mi pecho?

Que susto? que terror me sobresalta?
qué mi ardor amoroso se ha estinguido?
De terribles presagios penetrada,
un temblor pavoroso me circunda
desde que entré confusa en esta sala.
Con sus sordos clamores pronostica...
si á nunca salir de ella sentenciada
estaré por mi suerte miserable?
Por qué tanto persigue la desgracia
á esta infeliz muger? será posible
que tan jóven intente aniquilarla,
y acabar con su vida? mas quien viene?

ESCENA II.

Hermancia y Edelmira.

Herm. Yo soy; pero que miedo os acobarda?
temeis la injusta cólera de Otélo?
Edel. No, no puede temerle quien le ama.
Herm. Os dió acaso señales de su furia
con su triste semblante, ó sus palabras?
Edel. Ah!... me ha hablado de calma, de reposo,
y de un sueño de paz, con que se acaban
todos los infortunios y los males
que nuestra vida mísera maltratan.
No podré yo esplicarte lo que quiso
darme á entender con esto, amada Hermancia.
Herm. Pero en sus ojos descubrir podian
los vuestros el motivo. *Edel.* Sus miradas
me lanzaba colérico y furioso,
y su amarga sonrisa me espantaba.
Herm. Quién mudar su carácter ha podido?
Edel. Yo me acuerdo del dia en que la parca
me privó de mi tierna y dulce madre.
Con la mas profunda melancolía.
Herm. Por qué aumentais vos misma vuestras ansias?
Edel. Su cuarto parecia á este en que estamos.
Herm. Es posible.
Edel. Y tambien sobre su cama
una antorcha fatal se consumia,
y con su débil luz nos alumbraba:
Mira la antorcha.
parece la estoy viendo.
Herm. Qué memorias!
vuestra afliccion, señora, es demasiada.
Ed. Mi madre hasta el instante de su muerte
ignoró su peligro. *Herm.* Así la sábia
providencia del cielo nos concede
hasta el postrer aliento la esperanza.
Edel. Me has preparado, amiga, los vestidos
que cubrieron su cuerpo en la hora infausta?
Herm. Olvidad esa muerte dolorosa.
Edel. Morirás, inocente y desgraciada!
Con voz debilitada y tristisima.
Herm. Señora, mirad... *Edel.* Sí.. *todo fenece.*
Herm. Pero el cielo tal vez tambien derrama
en nuestros dias cortos dolorosos
algunas flores entre espinas tantas.
Su bondad muchas veces nos consuela.
Edel. Morirás, inocente y desgraciada!
Dice este verso con un grito terrible y doloroso. trante)
Herm. Qué escucho! O Dios! su grito peneme estremece... que horror os arrebata?
Ed. Piensas que Otélo en su implacable furia
podrá darme la muerte, ó intentarla?
Con dulzura.
Herm. Señora, no lo sé; pero le temo.
Ed. Otelo no es cruel. *Her.* Mas despedazan
su vengativo corazon los zelos.
Acaso estais, señora, muy cercana
de un hondo y espantoso precipicio.
Ed. Ninguna cosa habrá que me persuada
que Otelo me aborrece. *Her.* Los errores
y las sospechas rara vez se sanan.
Edel. Y del amor fiarnos no podemos?
Herm. Suele causar delitos y desgracias.
Edel. La desdichada Laura ha perecido
víctima del amor: la triste Laura,
ah!... los zelos cegaron á su amante.
Iba, y al pie de un sauce reposada,
sin murmurar de su infeliz destino,
á los vientos sus penas confiaba,
y en un cántico triste y lamentable,
conforme á sus congojas inhumanas,
su voz se confundia con su llanto.
A mí en esta ocasion cantar me agrada
los versos mismos que cantó ella entonces.
Hace pausa.
Al tiempo de morir los pronunciaba!...
Se vuelve á mirar al clave.
repara qué instrumento...duermen todos.
Si en este mismo sitio yo juntára
mi voz con sus sonidos misteriosos!
Herm. Pero os conmueve mucho.
Edel. No: me encanta;
en él tengo el mas fiel de mis amigos,
él alivia mi pena solitaria:
estamos sin testigos, ya te dije
que este lúgubre cántico me agrada.

Canta. 1 Al pie de un sauce Laura se apoyó,
y de su amante lloró la locura.
Qué ? Yo le adoro, y él me cree perjura!
Yo por él muero, él mi pena causó!
Cantad el sauce, y su dulce verdura.
2 Como una flor dos instantes gocé:
te amé, morí. Ah! mi alma es toda pura.
Te engañan... sí... tú verás la impostura:
tú la verás, y yo infeliz seré.
Cantad el sauce, y su dulce verdura.
3 La noche viene, el cielo infunde horror.
Oigo gritar el buho en voz obscura.
Los verdes ramos pierden su hermosura.
El sauce llora, y llora mi dolor.
Cantad el sauce, y su dulce verdura.
4 Dicen que Laura se detuvo aqui:
muerta quedó la brillante natura;
ni el viento ya, ni el arroyo murmura,
Laura jamás volvió á cantar asi.
Cantad el sauce, y su dulce verdura.

Se oye el ruido de un furioso uracan, y Edelmira se extremece de repente.

Edel. Pero qué ruido es este?.. santos cielos!..
Herm. Es una tempestad.
Edel. Querida Hermancia
comenzó el uracan... Ah!.. no hay recurso
la noche será horrible y desastrada.
Herm. Huyamos al momento de este sitio;
Con viveza.
la inspiracion divina me lo encarga,
el cielo me ha ilustrado en este instante.
Edel. No... Yo me quedo: mi deber lo manda.
Herm. Seguid, seguid mis pasos, Edelmira.
Edel. Pero dime, qué sitio, qué morada
escogieras tú para ocultarme?
Yo abandoné á mi padre, y á la santa
virtud.
Herm. No os acordeis de esos errores,
que el arrepentimiento á el cielo aplaca.
Edel. Pero en el triste corazon de Otélo
sabes tú por ventura lo que pasa?
Si tiene zelos, me estará observando,
y mi fuga su cólera aumentará.
Anda... vete á gozar del blando sueño.
Herm. Ah! al dejaros las lágrimas me saltan.
Edel. Vete.
Herm. Obedezco: os dejo... y en qué parte?
hija mia... hija mia.
Edel. A Dios, Hermancia.

ESCENA III.

Edel. Su amor el de mi madre me recuerda.
Pónese de rodillas.
Tú que miras, ó Dios! la especie humana
con ojos paternales y piadosos,
aplaca de mi padre la cruel saña:
permite que estrechada entre sus brazos,
llegue á besar sus respetables canas:
guia los pasos del zeloso Otélo,
que del camino recto le separan:
háblale por la boca de su amigo,
de Pésaro virtuoso, que le ama:
tú diste la amistad á los mortales
por tu extrema bondad: veo mi falta;
mas tu misericordia es infinita;
en mi perdon podrás manifestarla. *pausa.*
El sueño va rindiendo mis sentidos;
Se recuesta en la cama.
el suspende mis penas, las aparta
de mi imaginacion. *quédase dormida.*

ESCENA IV.

Edelmira dormida, Otélo.

Otél. Sí... lo prometo.
Sí... mi furor acaso me arrastrára
á un esceso: yo quiero refrenarme.
No... tú no morirás... cuánto realzan
su hermosura estas lúgubres antorchas!
Fija la vista en una luz.
Para resucitar la mortal llama
de esta luz, al instante nuevo fuego
podria yo encontrar: mas si apagára
esta llama, que anima tu ecsistencia,
me seria posible el avivarla? *pausa.*
Con qué pureza respirar la siento:
qué poderoso hechizo es el que arrastra
mi persona á la suya con tal fuerza?
á pesar de tu culpa, mira, ingrata,
la sangre que circula por mis venas
aun gustoso por tí la derramára.
En los negros y obscuros calabozos,
de la tierra en las lóbregas entrañas,
privado del socorro de los hombres,
mi vida contentísimo pasára
si verte fiel con eso yo lograse.
Pero al ver mi ternura tan burlada...
usemos de artificio y de firmeza,
veamos los ardides y las mañas
con que dispone su impostor semblante
contra la realidad para impugnarla.
Y por qué he de oprimir con su delito
á la infame perjura que me engaña?

mi mal es cierto... mis oprobios veo,
los olvido: muramos sin tardanza.
Al decir las últimas palabras despierta Edelmira.
*Ed.*O Dios! quién es? quién sois! Sois vos, Otélo?
Ot. Yo soy, no os inquieteis. *Ed.* Pero qué causa,
perdonad mi sorpresa, os ha obligado
á venir á estas horas á mi estancia?
Otél. He venido agitado interiormente
por ver si puedo recobrar la calma.
Edel. Pero qué turbacion os trae á verme?
Otel. Al amor muchas veces acompañan
el susto y los temores. *Edel.* Y tú dudas
de mi fe y de mi amor? *Ot.* Yo... no dudaba.
Edel. Pero vacilas. *Otél.* Edelmira...
Edel. Otélo?... *Otél.* Que le diré? *ap.*
Edel. Escuchad: âcaso estrañan
vuestros ojos no ver en mi cabeza
la diadema de amor que la adornaba,
y vos mismo pusísteis en mis sienes:
he querido, señor, que se empleára
no en aumentar el lustre á mi hermosura,
sí en dar la subsistencia necesaria
á mi padre infeliz; para este efecto
á un generoso jóven entregada...
Otel. En las manos de un jóven la diadema?..
su nombre? *Edel.* Loredano.
Otel. Inicua trama!... *ap.*
Ah!.. el hijo del Dux: no tengo zelos
de ese jóven: acaso tú le amabas?
Edel. Yo... yo... Gran Dios!...
Otel. Pero él puede que te ame.
Ed. Sí... le he compadecido. *Ot.* Y si te hallas
con que por mi rival te le presentan?
Edel. En tal caso á mi Otélo yo aceptára,
y no á otro. *Otel.* Me quieres segun eso?
Ed. Mira... quien hizo el mundo de la nada
es un Ser inmortal, y que no deja
sin castigo la pérfida falacia:
si te engaño, que ponga ante mis ojos
aquel libro inmortal, en que se hallan
escritos nuestros firmes juramentos;
y que además me opriman con la carga
de todos sus rigores, y permita
que mi padre jamás me dé su gracia,
ni perdone mi culpa... estás contento?
Ot. El Ser eterno, cuyo nombre infamas *furioso*
con tu lengua engañosa y detestable,
debe armar contra tí toda la rabia,
y el furor de tu padre; debe al mundo
dar una prueba convincente y clara
de que castiga un corazon perverso,
que violó juramentos y palabras;
y en fin, capaz de todos los delitos.
Este monstruo eres tú: tú, sí, malvada.
Edel. Qué lenguage horroroso! qué oygo,
cielos!...
Otel. Toma... lee ese papel: ve si te ultraja
mi injusticia... conoces esta firma?
Ed. Mi espíritu abatido... *mirando la carta.*
Otel. Y tú me hablabas
de la virtud; y buscarás ahora
otro medio mas vil de aparentarla?...
Lee... *Edel.* O cielos!
Otel. Lee, lee tu suplicio.
Edelmira lee el billete en voz alta.
Otel. Y qué disculpa das? *Ed.* Todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño.
Otel. Y todo te confunde, desdichada.
Muda de repente el semblante, y con la voz mas espantosa dice:
Mírame... me conoces?... me conoces?...
Edel. Ya no veo al amante que adoraba.
Ya no veo á mi esposo... no... la muerte,
la muerte solo veo retratada
en tu feroz semblante... O padre mio!
tú me has anunciado, tú acertabas.
Otel. Antes que al blando sueño te entregases, *Con frialdad.*
has dirigido al cielo tus plegarias?
Edel. Le he rogado por vos.
Otel. Un corto tiempo
voy á esperarte aquí... retírate... anda.
Edel. Y que quereis decirme?
Otel. Preparaos.
Ed. Pero á qué? *Otel.* Este acero os lo señala.
Muestra el puñal.
Edel. A mí... Dios mio... que... *á gritos.*
Otel. Silencio... vamos,
preparaos, se trata de vuestra alma.
Otélo se pasea agitado.
Ed. Otélo... cómo?.. yo á tus pies me postro.
Ot. No... la muerte... *Ed.* Mi voz debilitada
os jura que jamás... *Ot.* Oh! hazte inocente,
Enternecido.
y toda mi ecsistencia se consagra
á que seas feliz... Mas dí, ese jóven...
Con furor reconcentrado.
Ed. Arde de amor en la funesta llama.
Otel. O tormento!... decid, con qué motivo
desdeñabais mi mano en esta carta?
No era esto declararle, qué á lo menos

su himeneo, y no el mio deseabas?
Edel. Mi padre entró en palacio presuroso:
»fírmale, pronunció con voz ayrada,
»ó con este puñal rompo mi pecho.»
Yo le firmé. *Ot.* Sin ver lo que firmabas?
Edel. En efecto, sin verlo, y al instante
cogió mi mano é intentó enlazarla
con la del mismo jóven; yo me opuse,
moví su enojo... me escuchais? dudabais?
Otel. No... y despues?
Edel. Indignado de mi llanto
me volvió ese papel, que yo aterrada
firmé temiendo por su vida.
Otel. Y luego?
Edel. Le entregué á Loredano.
Otel. O Dios! qué rabia! *ap.* (intento?
para qué?.. con qué fin... dime.. dime á qué
Edel. Para que conservando la esperanza
de nuestra union, su padre procurase
salvar la vida al mio. *Ot.* Y con tal traza
le has engañado?
Edel. El cielo es buen testigo
que es el único engaño que me agrava.
Ot. Y Loredano en fin... *Ed.* Habrá enseñado
esta promesa al Dux... y yo aguardaba
que este hombre generoso libertase
la vida de mi padre. *Ot.* Y él tus sanas
y puras intenciones protegia
sin esperar... *Od.* Cierto es, nada esperaba!
Otel. Y si un mortal tan noble y generoso,
un héroe encantador que se disfraza,
estuviese contigo de concierto
para robarte?.. si... ya se tardaba (sen
en que el Dux y tu amante comprehendie-
que ibas á otro himeneo disgustada:
he aqui el motivo de la resistencia,
que temblando ponias á mi marcha.
El cielo soberano te castiga
por un medio distinto... Ves la carta?

En cada mano una cosa.

pues mira la diadema, aqui la tienes;
en este instante acabo de tomarla.
Pésaro me la ha dado. *Ed.* Ah! él es tu
mi destino feliz ya se declara; (amigo:
si Loredano le entregó esa prenda,
ya vuelve á renacer mi confianza;
ya creo que mi padre nos perdona,
y nuestro amor permite. *Ot.* No te engañas,
de Loredano á Pésaro, mi amigo,
la diadema llegó... pero arrancada
del cuerpo miserable de este jóven,
que tendido en el suelo se quedaba,
revolcando en sangre torpe, impura,
por mil heridas vomitando el alma.
Edel. Ha muerto!... ha muerto!...
Otel. Y tú su muerte lloras!
Edel. Cielos, que oigo!..
Otel. Lástima te causa
su juventud, sus gracias lisonjeras.
Edel. Loredano... Loredano. *Ot.* Que hablas,
infiel! *Ed.* Doy con mi llanto el homenage
á su virtud... era inocente. *Otel.* Calla...
un traidor, que abomino, era inocente?
Edel. Era inocente... sí.
Otel. Miras esta arma?

Muestra el puñal.

Edel. Sí; pero yo defiendo la inocencia,
aunque tu injusto acero me amenaza.
Otel. La inocencia? *Ed.* Lo juro, sí, lo juro
por el Ser protector que nos ampara,
lo juro por mi amor, y por tí mismo:
tu sangriento puñal no me acobarda.
Otel. No... pues muere. *Edel.* O mi Dios!

Le da una puñalada mortal, y Edelmira va retrocediendo, y cae muerta á los pies del lecho, Otélo sigue:

Está bien hecho
lo que acabo de hacer con esta ingrata.
Su amor perverso queda castigado,
y confundida su traidora infamia.
Nunca hubiera creido en una jóven
tan tierna una altivez tan descarada:
es efecto del clima; es necesario
que toda la perfidia veneciana,
para llevarla á estremos tan horribles,
reunida en su pecho se encontrára...
Mas la piedad... No... no, que era culpable;
la diadema, el billete, su arrogancia
y ecsecrable osadía me ha forzado
á tal arrojo... veo mi venganza
con ánimo sereno... pero á dónde
dirijiré mi pavorosa planta?..
Vuelve, Pésaro amigo... vuelve... vuelve..
ven me consolarás... Mi accion es mala,
solo propia de un bárbaro... A una niña...
sin duda yo debiera perdonarla...
pero quien orijina los latidos
que mi corazon trémulo quebrantan?

Se esfuerza por volver la vista hácia el cuerpo de Edelmira: no se atreve, y por fin se pone á considerarla.

Allí está... miraré... insensible... inmóvil
como el sepulcro... convertida en nada...
Tan horrible espectáculo cubramos:

Corre las cortinas del dormitorio de Edelmira: siente pasos, se estremece, y sigue diciendo.

quién viene?

ESCENA V.

Hermancia, Otélo.

Herm. Ah Señor! Pésaro se halla
preso, y le imputan un atroz delito.
Esos espias, que el Estado paga,
han adquirido fiel conocimiento
de todos sus proyectos y sus tramas.

ESCENA ÚLTIMA.

Otélo, Hermancia, Mecenigo, Loredano, Odalberto, y algunas personas que traen hachas encendidas.

Mocen. Aqui está Loredano.

A Otélo mostrándole su hijo.

Otel. O Dios! que escucho!

Moc. Pésaro, vuestro amigo, os engañaba,
y era vuestro enemigo el mas infame.
Ardiendo en una impura y torpe llama
por la bella Edelmira artificioso,
su fuego y sus proyectos ocultaba:
afectando serviros ese monstruo,
al pie del sacro altar quiso robarla:
de un rival os indujo las sospechas,
fingió su muerte con astuta maña,
y aparentó, para probar su intento,
haberle hallado la diadema y carta
que puso en vuestras manos. Ah... mi hijo
pensó que su amistad no fuese falsa,
pensó que era un amigo verdadero,
y de este modo al vil traidor encarga
que entregase á Edelmira la diadema
y el papel que ocultaros importaba;
habiéndose frustrado los designios
que este monstruo formó para gozarla,
os llenó de sospechas ponzoñosas
para escitar contra ella vuestra rabia,
y á un tiempo destruirla, y destruiros;
ahora confesó sus negras tramas,
y en medio de tormentos rigurosos
en este instante de morir acaba.
Mira aqui tu rival.

Lor. Yo he sido, Otélo,
el que aplaqué la cólera obstinada
del sensible Odalberto; este Senado,
informándose á fondo de su causa,
halló ser el dolor de un tierno padre,
que un momento de furia arrebataba,
y no un crímen de estado... por lo mismo
le concedió el perdon de aquella falta.
Me debeis á Edelmira... sea vuestra:
amadla, sea feliz: podeis gozarla...
Su padre respetable ya os perdona:
dad al cielo las mas sinceras gracias,
que os apartó de tan funesto lazo.

Otélo ha estado distraido, sin oir lo que decia Loredano.

Otel. Qué me habeis dicho? *Lor.* Hablad.

Herm. De qué dimana
ese largo silencio?..porqué..*Od.* Ay triste!
mi hija no se presenta... donde se halla?

Otel. Ahora duerme... dejadla que repose.

Hermancia va presurosa hácia la alcoba, descorre las cortinas, y se descubre el cadáver sangriento de Edelmira, la sangre corre de su herida.

Herm. Todo lo veo!... O Dios!...

Otel. Que horror me causa!...
A qué partido huiré? Quien me detiene?
Edelmira... Edelmira...

Mocen. O suerte infausta!
ó terrible espectáculo! *Otel.* Su hechizo...
su virtud y su amor... ya Dios se apiada,
y me la volverá... muerta! *Ed.* Que pena!
Ah! Yo soy el verdugo que la mata.

Otel. Ya murió... Yo he abierto su sepulcro!
Víctima tierna y dulce... prenda amada!
O! que dolor!.. Que furia! para siempre...
para siempre..sí..yo..arrancadme el alma..
mi esposa.. amigos.. sí.. compadecedme...

Estrechando en sus brazos el cadáver, se mata.

te volvere á estrechar... muero.

Todos. O desgracia!

FIN.

Barcelona: Por D. Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. M. Plaza del Angel.